

## IMPUREZA.

*Cum immundus spiritus exierit ab homine, ambulat per loca arida.*

Cuando el espíritu impuro ha salido de algún hombre, anda vagueando por lugares áridos.

(MATTH. XII, 43.)

Es doctrina comunmente recibida, que hay demonios de muchas especies; y advierte san Gregorio el Magno, que esta diferencia nace de las diferentes especies de pecados á que estos espíritus de las tinieblas nos incitan. Hay demonios de soberbia, hay demonios de venganza, hay demonios de emulacion y de envidia, hay demonios de impureza; y todas estas especies de demonios tienen su carácter particular, así como tienen tambien sus propios oficios. Hoy quiero hablaros de los espíritus inmundos; nada más importante que descubrirlos su malignidad, pues, el vicio que fomentan en nuestros corazones, es la causa más general de la condenacion de los hombres, y el que todos los dias hace, que tantos pecadores se pierdan. Os daré de él una idea, de la cual no podeis sacar más consecuencia, que detestarle y guardaros de él. Os mostraré, que este abominable pecado representa en el hombre el estado de la reprobacion futura, y que obra esta misma reprobacion en el hombre, conduciéndole á la impenitencia final: ó sea, que la impureza es señal de reprobacion, y principio de ella. Señal visible de reprobacion; porque ninguna cosa nos pone mejor á los ojos, desde esta vida, el estado de los condenados despues de la muerte. Principio eficaz de la reprobacion; porque ninguna cosa nos pone en peligro más cierto, de caer en el estado de los condenados despues de la muerte. Este es asunto de una consecuencia suma. No diré palabra que no os sirva de una instruccion provechosa, y que no sea digna de toda vuestra atencion. Imploramos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Cuatro cosas, amados oyentes, que nos declara la Escritura, explican perfectamente el estado de un alma condenada en el infier-

no. Las tinieblas y la oscuridad en medio de un fuego voraz; la confusion y el desórden en la mansion de todas las miserias; la esclavitud y servidumbre del demonio; y el gusano inmortal de una conciencia cruel y continuamente despedazada. Veis ahí la idea sensible que nos quiso dar el Espíritu Santo de una reprobacion consumada. Pues, esto es lo que, desde esta vida, hallamos en la impureza: porque no hay pecado, que cause más profunda ceguedad en el entendimiento del hombre, ni que le entre en desórdenes más funestos, ni que más cautivo le tenga debajo del señorío del demonio, ni que engendre en su corazon un gusano de conciencia más insoportable, ni que más le punce: y todo esto lo tiene por una eficacia que es suya propia. No hay pecado, que cause más profunda ceguedad en el entendimiento del hombre; porque este pecado es una aficion desordenada, y aún una vil sujecion del espíritu á la carne, y por ese medio hace al espíritu del todo carnal, por decirlo así. De donde nace, que san Pablo, hablando de un hombre lascivo, no le llama ya absolutamente hombre, sino hombre carnal: *Animalis homo*. Pretender, pues, que un hombre carnal pueda tener conocimientos racionales, es querer que la carne sea espíritu; y por esto concluye el Apóstol, que un hombre poseido de esta pasion, aunque por otra parte parezca muy entendido, no conoce las cosas de Dios, porque están fuera de la esfera de su entendimiento: *Animalis homo non percipit ea quæ sunt Dei* (I Cor. II, 14).

Esos hombres, esclavos de su sensualidad, desde el instante que la pasion los solicita, cierran los ojos á todas las consideraciones divinas y humanas; no convienen ya en aquellas cosas de que estaban ántes persuadidos; no creen ya lo que creian; no temen ya nada de lo que temian; no están capaces de advertencias: obran sin regla ni providencia; se hacen bestiales y sin seso; tanto es el poder y fuerza que tiene este pecado para cegarlos. Vengamos á las particularidades, y aquí es donde os pido que me oigais. Especialmente, pierden tres conocimientos: el conocimiento de sí mismos, el conocimiento de su propio pecado, y el conocimiento de Dios. ¿Hay ceguedad más deplorable, ni más espantosa?

Pierden el conocimiento de lo que son, porque, en este estado de vida licenciosa, dejan de ser lo que eran. ¿Por dónde empezó la disolucion de aquellos dos ancianos, que intentaron vencer la castidad de la virtuosa Susana, y fueron tan réciamente confundidos por Daniel? El texto sagrado nos enseña la causa: *Everterunt sensum suum, et declinaverunt oculos suos, ne viderent cælum* (DAN. XIII, 9). Perdieron el seso, y apartaron los ojos para no ver el cielo. Fué ne-

cesario, que se olvidasen de sí mismos, ántes de resolverse á declarar su infame intento. Y como la conciencia no puede engañarse, teniendo ojos, fué necesario cegarla absolutamente para que no pudiese alborotarse. Lo que asombra en el caso, es; que hubiesen podido borrar de su entendimiento todo el conocimiento de sí mismos, de semejante modo, y en tan poco tiempo. Pero, como la luz es de tal naturaleza, que en un instante se difunde por toda la esfera del aire, y destierra de él momentáneamente todas las sombras, del mismo modo, este pecado grosero y carnal, en un instante, cubre á un alma con las más oscuras sombras, y oscurece todas las luces de la razon y de la fé. No hay interés que no se desprece; no hay honra que no se ponga á los piés; no hay dignidad que no se abandone; no hay fortuna que no se arriesgue; no hay amistad que no se rompa; no hay reputacion que no se exponga; no hay ministerio que no se profane; no hay obligacion á que, finalmente, no se falte, por satisfacer esta pasion.

Digo más aún: no solamente quita este demonio al hombre, el conocimiento de lo que es, sino tambien el conocimiento de lo que hace. Reparad en los sentimientos que tiene una alma inocente y pura: mira la impureza como un mónstruo, se guarda de ella como de una peste y como de un contagio mortal; huye de las ocasiones, detesta las prácticas ocultas, condena las más ligeras libertades; porque está prevenida con el conocimiento de que en esto está el más peligroso escollo de su salvacion. ¿De dónde le viene esta prevencion? De la naturaleza; esto es, del mismo Dios, que imprimió el horror de este vicio en las almas de todos los hombres. El hombre, pues, que es casto aún, y se mantiene en la integridad primera de sus costumbres, tiene una idea verdadera de este pecado. No le ha cometido jamás, y por eso le conoce perfectamente; mas, déjese arrastrar de él: muy presto se disminuirá este conocimiento, y se le borrará esta idea: en habiendo caido algunas veces, los más monstruosos pecados no le parecerán tan graves: de los actos, pasará al hábito; del hábito, á la obstinacion; de la obstinacion, al escándalo; y del escándalo, al extremo de perder del todo la vergüenza. Ya no mirará su pasion sino como una flaqueza, que merece perdon en la naturaleza humana; ya no tendrá de ella remordimiento, no la mirará sino como una galantería, hará vanidad, se alabará, la tendrá por materia de triunfo. ¿Hay cosa tan horrorosa como esta ceguedad?

Pasemos adelante. El desórden que reina en el infierno ¿reina igualmente en la torpeza? Igualmente, amados oyentes; y tanto más, cuanto el desórden del infierno está necesariamente acompañado de un órden superior, que la justicia divina ha establecido en él; pues

segun la doctrina de los Padres, el infierno, con ser infierno, es un lugar destinado por la Providencia, en el cual Dios restituye todas las cosas á su órden, castigando lo que es digno de castigo, y tomando las satisfacciones que se le deben de aquellas rebeldes criaturas; pero, el desórden de la torpeza es precisamente desórden, y no más. Explicaros la naturaleza de este desórden en toda su extension, fuera nunca acabar. San Agustín le pone, en que el espíritu del hombre, que por el derecho de una natural superioridad debe gobernar y regir el cuerpo, se deja, por el contrario, gobernar de los sentidos. San Juan Crisóstomo nos da de él una idea más sensible, cuando nos dice, que el desórden de la torpeza en el hombre consiste, en llevar al hombre á unos excesos, adonde no llega la sensualidad de los brutos. Tertuliano dice, que el espíritu impuro tiene una como conexion necesaria con todos los vicios; y que todos ellos están, por decirlo así, á sus gajes y á su sueldo, siempre prontos para servirle en el logro de sus abominables intentos. Por él, el homicida derrama la sangre humana; por él, la perfidia prepara las ponzoñas; por él, la calumnia es ingeniosa en inventar; por él, la injusticia es todopoderosa, cuando es la solicitacion lo que se intenta; por él, la avaricia se va á la mano en los gastos; por él, el perjuro engaña; y por él, el sacrilego se atreve á lo más sagrado.

A la ceguedad y al desórden, añadido tambien la esclavitud, que es otra semejanza del estado de los torpes con el de los condenados en el infierno. En los demás pecados, el espíritu de las tinieblas nos hace guerra como enemigo, nos incita como tentador, nos coge, como engañador, en sus lazos; pero, en éste, nos domina como un tirano. Si nos pervierte con otra pasion, no obstante su victoria, siempre está con desconfianza, siempre está receloso de que nos mudemos, y de que la gracia le arranque la presa que tiene entre las manos; pero, si nos ha hecho caer en una impureza, si nos ha enredado en un trato delincuente, entónces es el fuerte armado del Evangelio; entónces tiene presa al alma en sus lazos, está seguro de su conquista, y se tiene por poseedor pacífico de ella. ¿Por qué levantaba tantas persecuciones contra los cristianos en los primeros siglos de la Iglesia? La razon es, que los cristianos vivian con una total pureza de costumbres, eran castos por su profesion, y, por consiguiente, estaban libres de la dominacion del pecado. Pues, como el demonio no podia señorearse de ellos con el amor del deleite, intentaba vencerlos con el horror de las penas: pero, despues que halló el modo de introducirse en la cristiandad con los deleites sensuales, cesaron todas las persecuciones. Porque le pareció este camino más corto y más seguro.

Por último; el hombre sensual y dado á deleites, pierde la quietud, y se pone en estado de no poder hallarla. ¿De dónde la pudiera esperar? ¿De parte de Dios, criador suyo, y juez de los actos de su vida? ¿De parte de la criatura que adora; de aquel objeto infeliz de su pasión y de su afecto? Pues, uno y otro, discorra bien, ó mal, se le convierte en un manantial de inquietudes, de pesares, de remordimientos, de desesperaciones.

Inquietud de parte de Dios, á quien el torpe considera como juez de su vida. Porque todo pecado, por la razón general de ser pecado, causa, entre Dios y el pecador, en cuanto es pecador, una división y guerra irreconciliable. Por consiguiente, es imposible, que el pecador, desde el instante en que se rebela contra Dios, no pierda la paz. Pero, es fuerza confesar, que le conviene esto aún más singular y propiamente al pecado de la carne.

Desde el punto que cae en él, se ve forzado á reconocerse culpable y dar sentencia contra sí mismo; y empieza, desde luego, á ejecutarla con los terrores de una eterna condenación que se apoderan de él. Apenas ha gustado el lascivo del fruto de su incontinencia, cuando experimenta su amargura. Apenas ha concedido á sus sentidos, lo que la ley de Dios le prohíbe, cuando queda espantado, confuso, entregado como Cain á su propio pecado, que le sirve de castigo y de tormento. Parece, que aquel rayo primero de la fé, que le alumbraba, tira á descubrirle su enormidad y deformidad para quitarle todo el deleite. Mientras cree que hay un Dios vengador de los pecados, ese es su estado.

Bien sé, que al paso que se desenfrena, quisiera sacudir el yugo de esta fé, que le importuna; y que uno de los efectos del deseo impuro, que le ciega, es enflaquecer en su entendimiento la fé de las verdades, que le turban, y al turbarle, le contienen en la raya de su obligación. Pero, si por ahí se libra de la inquietud provechosa de la penitencia, es solamente para caer en otra más triste y horrorosa: digo, en la de un alma arrebatada de la pasión, y vacilante en la fé. Porque, ó el demonio de la torpeza, que le posee, le ha hecho absolutamente infiel, ó nó. Es decir, ó le queda aún, á pesar de su desenfrenamiento, algún respeto á los oráculos de la palabra de Dios, ó le ha perdido ya del todo. Si le ha quedado, ¿cómo puede oírlos sin estremecerse? Si le ha perdido, ¿qué seguridad puede tener de lo demás, no dando oídos sino á sí mismo solamente? ¡Dios mío! nosotros no lo comprendemos; pero, nunca castigais más rigurosamente al pecador, que cuando le dejais en manos de sus apetitos desordenados. Juzga que ha de hallar su felicidad en ellos, y halla una condenación anti-

cipada. Acabemos: la torpeza señal de la reprobación, es también principio de la reprobación.

2. Obrar la reprobación en una alma, es conducirla á la impenitencia final; pues, es evidente, que la impenitencia final es la disposición más próxima para la reprobación, ó, por decirlo mejor, es ya principio de ella. En efecto; los pecadores no están condenados, sino porque ya no están en camino, ni en estado de hacer penitencia. Si hay, pues, algún pecado, que tenga por efecto particular y específico hacer, que el pecador se obstine en esta impenitencia infeliz, éste es el que llamo principio de la reprobación, y no señal de ella solamente. Este es el pecado de la impureza. ¿Quereis oír las pruebas de esto?

No hay pecado que ponga en mayor riesgo de recaer al que le comete. El espíritu impuro, de que habla san Mateo, decía: *Revertar in domum, unde exivi* (MATTH. XII, 44). Yo volveré á mi casa, de donde he salido: porque, aunque la he dejado, no deja de ser mía, por la facilidad que hallo de volverme á ella cuando quisiere; y cuando la dejo, es solamente por algún tiempo, sin dejar por eso de ser su dueño: yo me volveré á ella, y recobraré todas las ventajas que en ella tenía: yo la encontraré limpia y adornada; pero, yo la ensuciaré de nuevo, y serán los fines de esta alma peores que los principios (MATTH. XII, 45). ¿Os reconocéis, hombres torpes, en esta pintura? ¿No es una expresión natural de lo que pasa en vosotros? Si estais poseidos de este demonio de la carne, ¿no son estas las dolorosas experiencias que haceis cada día de su poder y de vuestra flaqueza?

No hay culpa que ponga al pecador en mayor riesgo de desesperar. Desespera el lascivo de su conversión, desespera de su perseverancia, desespera del perdón de sus pecados, desespera de su voluntad propia, desespera de Dios, y desespera de sí mismo. ¿Hay más tristes, ni más desconsolados extremos? Desespera de su conversión; porque ¿cuál es el medio, se dice á sí mismo, ó por mejor decir, le hace decir el espíritu impuro, cuál es el medio de romper mis cadenas, el medio de arrancarme del corazón una pasión, en que consiste todo el gusto de mi vida, y el medio de renunciar sinceramente lo que amo más de veras? Aún supuesta su conversión, desespera de su perseverancia; porque ¿qué es lo que puedo aguardar de mí, prosigue, después de tantas ligerezas y mudanzas? Aunque yo le diga hoy á Dios, que quiero salir de mi miseria, y que la resolución que he formado ha de ser eterna; ¿por solo decirlo y pensarlo, estaré más en estado de llegar á la ejecución? ¿No he dicho cien veces lo mismo, y cien veces después de haberlo dicho, no me he vuelto á hallar el

mismo que me era? Al fin, desespera de Dios y de sí mismo; de Dios, porque es un Dios de santidad, que no puede aprobar ni sufrir la culpa; de sí mismo, porque apenas tiene poder para amar el bien en adelante; de Dios, porque ha abusado tantas veces de su misericordia y de su paciencia; de sí mismo, porque tiene las pruebas más claras y convincentes de su inestabilidad y su inconstancia; de Dios y de sí mismo, porque ve, entre Dios y entre sí, infinitas contrariedades, que no juzga poder vencer, y le obligan á tomar el partido de entregarse á los deseos de su corazón.

Por último; ningun otro pecado tiene en más estrecha prision al pecador por la costumbre. Todo sirve para esto: las ocasiones de este pecado, mucho más frecuentes; la facilidad de cometerle, mucho más grande; la inclinacion natural, mucho más violenta; las impresiones que deja, mucho más fuertes. No busquemos tantas razones, insistamos en la experiencia solamente. A vosotros os lo pregunto, amados oyentes míos; ¿cuántos torpes se ven en el mundo; torpes, digo, de asiento, que se conviertan? ¿Conoceis muchos en quienes la gracia haya obrado esta mudanza? Yo hallo, decia antiguamente san Juan Crisóstomo, yo hallo muchas almas puras, que totalmente se han preservado del contagio de la culpa. Las ha habido en todos tiempos, y las habrá siempre para edificacion de la Iglesia y gloria de Jesucristo. Pero, cristianos castos y arreglados, despues de haber vivido en la disolucion; hombres ántes lascivos y sensuales, que hayan dejado de serlo; almas licenciosas y disolutas, que hayan recobrado la honestidad, despues de haberla perdido por la incontinencia; ¡ay! hermanos míos, continuaba S. Juan Crisóstomo, esto es lo que busco en el mundo, pero inútilmente; y esto es lo que me hace dudar, si en materia de este pecado, no es la penitencia mucho más rara aún, que la inocencia; y si no es más fácil mantenerse del todo sin caer, que levantarse despues de la caída. Ya sé, amados oyentes míos, que á Dios uno y otro le es posible: sé, que la Escritura y la tradicion no dejan de darnos ejemplos de uno y otro; pero ¿cómo se os proponen? como unos prodigios de la gracia, como casos extraordinarios y singulares.

Me direis, que con todo eso, se ve, que estos hombres, esclavos de la carne, van con dolor al sacramento de la penitencia. ¿Con dolor, cristianos? ¡Ah! ¿qué tal es ese dolor? Observadlos despues, y conoceréis vuestro engaño. Detestan, al parecer, su pecado; pero, no dejan por eso, de querer el objeto y de mantener las ocasiones. Deshácese de una aficion; pero, solamente para contraer otra. Llegando á serles dañosa la continuacion de esta persona, aún segun el mundo,

se apartan de ella; pero, toman partido en otra parte: á falta de ésta, hallarán aquélla. Digo más: á falta de todo lo demás, se hallarán á sí mismos, y esto basta. Así, mudan de sugetos, pero no mudan de aficiones; y con todo su imaginado dolor, se estará en pié siempre su pecado. ¿Cuándo, pues, harán una penitencia verdadera? ¿En esta vida? no se resuelven jamás. ¿En la otra? es inútil y sin efecto. ¿En la muerte? entónces es el pecado el que los deja, y no son ellos los que dejan el pecado. Vedlos ahí, pues, sin penitencia, ni en el tiempo, ni en la eternidad, y, por consiguiente, en estado de reprobacion.

Amados oyentes míos, no quiera Dios que yo os despida sin esperanzas. Al considerar verdades tan terribles, no me he propuesto otra cosa sino, que os sean provechosas. Si he dicho, que la impureza es, entre todos los pecados, el que pone al pecador á mayor riesgo de recaer, solo ha sido para obligaros, á que os ejerciteis más exactamente en la vigilancia cristiana. Si he dicho, que no hay pecado, que más estrechamente tenga aprisionado al pecador con la costumbre, solo ha sido para infundiros sentimientos más heroicos, y para determinaros á hacer más generosos esfuerzos. Vuestra salvacion los pide, y Dios los aguarda de vosotros; pero, para esto, Dios mio, tenemos necesidad de vuestra gracia, de una gracia que nos prevenga, de una gracia triunfante y todopoderosa. Esta gracia es la que pediré sin cesar. Esta es la gracia, á la cual corresponderé fielmente, y sin engañarme; prontamente, y sin detenerme; cumplidamente, y sin reservar nada. Gracia, que no arriesgaré jamás, porque, arriesgarla, seria querer perderla. Pero tambien, Dios mio, es una gracia, con la cual me prometeré una santa perseverancia, hasta llegar á la gloria, que os deseo.

#### DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

**IMPUREZA.**—Es el enemigo que con más motivo debemos considerar como un enemigo doméstico.

De todos nuestros enemigos domésticos es el más importuno.

**IMPUREZA.**—Es un vicio contra el cual Dios ha manifestado en todo tiempo su cólera.

Es un vicio el cual Jesucristo no permitió siquiera que se le atribuyese ni por sospecha.

Es un vicio que los santos han temido en gran manera.

IMPUREZA.—Es un vicio comun á todos los sexos.  
Es un vicio comun á todas las edades.  
Es un vicio comun á todas las condiciones.

IMPUREZA.—Es la pasion más fácil de excitarse.  
Es la pasion más difícil de extinguir.

IMPUREZA.—En poco tiempo hace rápidos progresos.  
Destruye lo que parece más sólido.  
Afea y desfigura lo que se tenia en mayor estima y admiracion.

IMPUREZA.—No hay vicio que lleve á los pecadores á tan grandes extremidades.

No hay vicio que haga temer tanto la recaida á los penitentes.  
No hay vicio que ponga más á prueba la fidelidad de los justos.

## PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

<i>Non mæchaberis.</i> Exod. xx, 14,	No fornicarás.
<i>Non concupisces uxorem proximi tui.</i> Deuter. v, 21.	No desearás la mujer de tu prójimo.
<i>Pepigi fœdus cum oculis meis, ut ne cogitarem quidem de virgine. Quam enim partem haberet in me Deus desuper, et hæreditatem Omnipotens de excelsis?</i> Job. xxxi, 1, 2.	Desde jóven hice pacto con mis ojos de no mirar, ni siquiera pensar con mal fin en una virgen. Porque de otra suerte, ¿qué comunicacion tendria conmigo desde arriba Dios, ni qué parte me daria el Todopoderoso de su celestial herencia?
<i>Ne attendas fallaciam mulieris.</i> Prov. v, 2.	No te dejes llevar de las lisonjas de la mujer.
<i>Scivi quoniam aliter non possem esse continens, nisi Deus det.</i> Sap. viii, 21.	Llegué á entender, que no podria ser continente, si Dios no me lo otorgaba.
<i>Propter speciem mulieris multi perierunt.</i> Eccli. ix, 9.	Por la hermosura de la mujer muchos se han perdido.
<i>Qui se jungit fornicariis, erit nequam: putredo et vermes</i>	El que se junta con ramera, perderá toda vergüenza: la podre

*hæreditabunt eum, et extolletur in exemplum majus, et tolletur de numero anima ejus.* Id. xix, 3.

*Audistis quia dictum est antiquis: Non mæchaberis. Ego autem dico vobis: quia omnis, qui viderit mulierem ad concupiscendum eam, jam mæchatus est eam in corde suo.* Matth. v, 27, 28.

*Nescitis quoniam corpora vestra membra sunt Christi? Tollens ergo membra Christi, faciam membra meretricis? Ab-sit.* I. Corinth. vi, 15.

*Fugite fornicationem. Omne peccatum quodcumque fecerit homo, extra corpus est; qui autem fornicatur, in corpus suum peccat. An nescitis quoniam membra vestra, templum sunt Spiritus Sancti, qui in vobis est, quem habetis à Deo, et non estis vestri?* Idem, ibid. 18, 19.

*Fornicatio, et omnis immunditia, nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos.* Ephes. v, 3.

*Fornicadores et adulteros judicabit Deus.* Hebr. xiii, 4.

y los gusanos serán, aún en vida, sus herederos; será propuesto por escarmiento, y será borrado del número de los vivientes.

Habeis oido que se dijo á vuestros mayores: No cometerás adulterio. Yo os digo más: cualquiera que mirare á una mujer con mal deseo hácia ella, ya adulteró en su corazon.

¿No sabeis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo nuestra cabeza? ¿He de abusar yo de los miembros de Cristo, para hacerlos miembros de una prostituta? No lo permita Dios.

Huid la fornicacion. Cualquiera otro pecado que cometa el hombre, está fuera del cuerpo; pero el que fornicar, contra su cuerpo peca. ¿Por ventura no sabeis, que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, que habita en vosotros, el cual habeis recibido de Dios, y que ya no sois de vosotros?

La fornicacion y toda especie de inmundicia, ni aún se nombre entre vosotros, como corresponde á quienes Dios ha hecho santos.

Dios condenará á los fornicarios y á los adúlteros.

## FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE EL MISMO ASUNTO.

El vicio de la deshonestidad atrajo el diluvio universal (GEN. iv): promovió el incendio de la ciudad de Pentápolis con toda su comarca (GEN. xix): sacrificó á Siquen con todo su pueblo (GEN. xxxiv): sepultó al inocente José en una oscura cárcel (IDEM xxxix): acarreó el castigo á los hijos de Judá (IDEM xxxviii): atravesó con el puñal al judío y á la ma-

dianita (Núm. xxv): hizo morir al filo de la espada á veinte y cuatro mil hebreos, que pecaron con las mujeres moabitas (IDEM IBID.): acabó con la tribu de Benjamin, por haber sus hijos violado á la mujer de un levita (JUD. xx): redujo al valiente Janson á una vergonzosa esclavitud (IDEM XVI): postró en el campo de batalla á los dos hijos de Heli (I REG. IV): causó la muerte del fiel Urias (II REG. XI): fué el único motivo de la muerte desastrosa de Amnon (II REG. XIII): pervirtió á Salomon, haciéndole idólatra (III REG. XI): movió á unos ancianos á levantar la más negra calumnia contra la inocente Susana (DAN. XIII).

La indigencia del Hijo pródigo provino, en gran parte, de sus deshonestidades; pues, no hay vicio, que arruine más pronto é imperceptiblemente nuestros intereses, que la inclinacion á los deleites sensuales. Muy á propósito dice el sagrado texto de aquel inexperto jóven, que *devoravit substantiam suam cum meretricibus*. (LUC. XV, 50).

## SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Demptis parvulis, ex adultis propter carnis vitium pauci salvantur.* S. Remig. in Epist. ad Rom. c. 14.

*Affectæ vires senum, sed mens plena est libidinum.* S. Ambros. serm. de Helia et jejun.

*Quasi clavis suffigitur anima corporis voluptatibus, et cum semel adhærerit cupiditatibus, demersa terrenis, difficile in altum potest, unde descendit, sine Dei favore volare.* Idem in Luc. cap. 4.

*Qui luxuriatur vivens mortuus est, et ferreas mentes libido domat.* S. Hieron. in Epist.

*Luxuria homicidas facit.* S. Chrysost. Hom. 4 in Matth.

Si exceptuamos á los niños, los adultos casi todos se condenan por el vicio de la impureza.

Los deshonestos, en su vejez, tienen enervadas las fuerzas, pero su imaginacion se nutre de torpezas.

Los deleites sensuales traspasan al alma como agudos clavos, y una vez entregada á estos deseos y sumergida en ese mar de deleites terrenos, dificilmente, sin una gracia especial de Dios, puede elevar sus pensamientos al cielo, de donde la apartó este vicio.

El deshonesto, aunque viva, es como muerto; porque la lujuria sujeta y postra á los corazones más bravos.

La lujuria trueca á los hombres en asesinos.

*Inter omnia certamina christianorum, sola dura sunt prælia castitatis; ubi quotidiana est pugna, et rara victoria; gravem namque sortita est castitas inimicum, cui quotidie resistitur, et semper timetur.* S. Aug. L. de Hom. cap. 2.

*Ex quo luxuria semel mentem occupaverit, vix eam bona cogitare permittit. Sunt enim desideria viscosa, quia ex suggestione oritur cogitatio, ex cogitatione affectio, ex affectione delectatio, ex delectatione consensus, ex consensu operatio, ex operatione consuetudo, ex consuetudine desperatio, ex desperatione peccati defensio, ex defensione gloriatio, ex gloriatioe damnatio.* S. Gregor. in Moral.

*Non est aliquod vitium, per quod mundus tantum subjiciatur diabolo: hoc peccatum lætificat infernum, et quasi totum mundum trahit ad supplicium.* S. Bern. Serm. 21 de Luxuria.

De todos los combates que experimentan los cristianos, los más rudos son contra la castidad: en ellos es continua la lucha y rara la victoria: tan terrible enemigo le ha tocado á la castidad (la carne), que, aunque siempre se le resiste, siempre se le teme.

La lujuria, una vez ha esclavizado al alma, apenas le permite pensar en el bien. Este vicio se da á conocer por medio de unos deseos tenaces y sucesivos: á la sugestion sucede el pensamiento; al pensamiento, la inclinacion; á la inclinacion, el deleite; al deleite, el consentimiento; al consentimiento, el acto; al acto, la costumbre; á la costumbre, la desesperacion de la enmienda; á la desesperacion, el empeño de cohonestar el pecado; á este empeño, la jactancia; y á la jactancia, la condenacion eterna.

No hay otro vicio más propio para que el demonio triunfe de los hombres: pues, este pecado alegra al infierno, y arrastra á casi todo el mundo al castigo eterno.